

Cuentos & Cuentistas

Terenci Moix, un catalán universal

Conversando un día con Mauro Yberra mientras manoseábamos libros viejos en Buenos Aires, me espetó una de esas filípicas a las que se ha hecho asiduo: “Dime, Leal, ¿por qué en tu columna de *Ramona*, que se empina sobre un cuarto de centenar (Yberra tiende a ser hiperbólico), nunca has escrito sobre Bocaccio, Maupassant, Chéjov, Gogol, Thomas Mann, Kipling, Henry James, Joyce, Poe, Hemingway, Kafka, Cortázar, Horacio Quiroga, y no menciono otros genios del relato corto porque me quedo sin aliento? Me temo, Leal (Yberra suele coronar sus parlamentos con un *ergo* seguido de un *qed*, como le enseñaron en la escuela de ingeniería), que estás escribiendo sobre autores poco relevantes. Con las debidas excepciones, bien entendido”. Miróme por encima de sus gafas de présbita y ladró: “¿Sobre quién es tu próximo artículo?”.

“Pues sobre Terenci Moix”, le respondí amoscado, sintiendo que me tomaba el pelo. Fue como si le hubieran introducido un ají por el culo. Chilló: “¿Terenci Moix, dijiste? ¿Ese petimetre afeminado y snob que le gustan los *comic* y escribe de cine, en catalán más encima? Por favor, Leal. Recapacita”. Debo decir que respecto a las fobias de Yberra nunca sé hasta que punto habla en serio o simula. Le respondí: “No voy a recoger tus descalificaciones sobre los autores que he reseñado, porque te equivocas o quieres joder. Los que nombras son primordiales, es cierto, y se ha escrito mucho sobre ellos. Están transformados en tópico obligado cuando se trata de cuentistas. Tal vez más adelante tome a los que me interesan. Punto. Y respecto a mi elección de Terenci Moix, te voy a dar tres razones. Sólo porque tú y yo somos amigos, Yberra, aunque lo que corresponde es mandarte a la mierda. Escucha: Primero, porque con Moix comparto dos pasiones absolutas, el cine de la primera mitad de siglo XX y el Egipto antiguo. Segundo, porque es un aventajado discípulo literario del Marqués de Sade, y tal vez lo fue en otros aspectos, lo cual me he divertido tratando de descifrar en sus libros. Tercero, porque ha cultivado una forma ecléctica, graciosa, espontánea, culta y florida del relato corto que me gusta sobremanera. Y no hay más que hablar”.

Terenci Moix (1942-2003) se inició precisamente como autor de cuentos, con *La torre de los vicios capitales* (1968), una desopilante colección de textos que, en su época, desafiaron la censura franquista.¹ Pero también las emprendió con los tabúes sexuales y se mofó doctamente de la religión. Así, transforma el martirio por despellejamiento de San Bartolomé, en el juego de un jovencito en busca de cambio de piel en el cuento “Pablito”. Luego despliega sus ironías en “Los mártires”, donde cuestiona la práctica y la efectividad de la acción de los romanos para acabar con el cristianismo, haciendo de paso una irreverente descripción de toda suerte de perversidades en el empeño del torturador y la dicha (terrenal y celestial) de los torturados; además de disparar sarcasmos en contra de algunos mártires, transformados después en poderosos señores del imperio. “El demonio” también trabaja sobre los rasgos sadomasoquistas del cristianismo, esta vez en un retorcido ambiente medieval-cortesano cercano a los escenarios de las obras del “divino marqués”; y donde la maldad absoluta y la santidad a menudo se confunden.



¹Obra incluida en los *Cuentos completos* de Terenci Moix, Editorial Seix Barral, 2003.

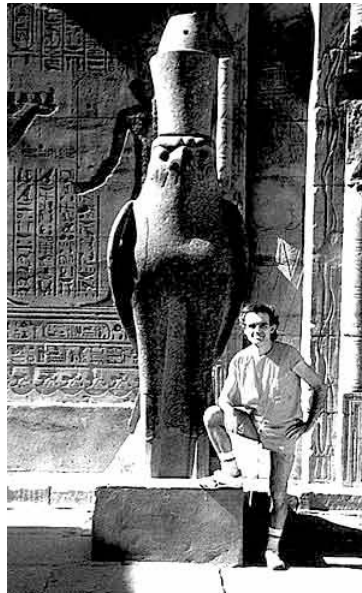
Si algo que se puede criticar en estos cuentos culteranamente hilarantes es que Moix es un poco duro para la partida, como esos Cadillac antiguos. En lugar de entrar a su historia con frases que enganchen de inmediato al lector, suele abrir con parrafadas complejas, a menudo demasiado especulativas. Pero después el relato se acelera y desliza con la anacrónica suavidad buscada por el autor. Otros cuentos del volumen tratan temas de la "movida" barcelonesa de los años 60 y 70, que en muchos casos nos pueden parecer ajenos: abundan las referencias, más o menos crípticas, a personajes del mundo artístico, la cofradía *gay* o la alta sociedad. El cuento "La gala" llega a ser fastidioso en tal sentido. Pero se encuentra algo parecido en Shakespeare, Dante o Proust, guardando las distancias. Uno de estos relatos deliciosos es "Lilí Barcelona", historia de una ambigua vampiresa catalana al estilo de las divas del cine mudo. También en esa onda juguetona es "Mario Byron" (a Moix le fascina dar apelativos simbólicos a sus personajes), el cual tiene una introducción donde recomienda dejar la lectura del cuento a quien no conozca ciertas películas como *El ladrón de Bagdad* y *Modesty Blaise*, o libros para iniciados (*Ella* de Rider Haggard); y muchos boleros o tebeos, todos del gusto de la generación suya, aquellos nacidos hacia la mitad del siglo XX.

Hablando de películas, Terenci Moix fue un hito para los lectores cinéfilos de habla hispana en revalorizar el viejo cine popular, en particular el norteamericano. A partir de los 60 hubo una fuerte influencia de la revista francesa *Cahiers du Cinéma* y sus fabulosos críticos (Goddard, Rohmer, Truffaut, entre otros), para quienes el cine era visto y analizado como un arte, una cosa de autores y todo eso. De alguna manera esos críticos menospreciaban el viejo cine popular. Como antídoto, Moix saca dos tomos de un libro titulado *Hollywood Stories* (1971). Claro que hay buscar en librerías de viejo, ya que han sido refundidos en otros libros de Moix.² Se trata de cuentos en mi opinión. Tal cual: cuentos con las vidas de ciertos personajes mitológicos de la pantalla, buscando todo lo que en ellos lucía escandaloso, raro, risible, sublime o patético. Son "relatos de la vida real", un subgénero que el burlón Terenci Moix medio inventó para los cinéfilos como él mismo, dándonos una visión de las estrellas del cine que en muchos explica ciertas cosas

² *Mis inmortales del cine*. Son tres volúmenes, Hollywood años 30, 40 y 50. Editorial Planeta.

que ocurren tras la pantalla, y que a veces se deslizan como sombras hacia la platea. Nos enseñó a ver el cine de otra manera.

La última de sus colecciones de cuentos, quizá la más celebrada, se titula *La caída del imperio sodomita*.³ Recreo garantizado. El cuento que da título al volumen despliega una interpretación de la condenación de Sodoma (Antiguo Testamento) digna de los Monty Python. “Marcovaldo o el sabor de los obeliscos” es una delirante fantasía felática, ambientada en El Cairo (las pirámides de Gizeh a la vista) y escrita con toda la gracia que Moix pone para escribir sobre Egipto. “Body Beautiful” juega con el mito de la robustez conseguida a punta de gimnasia y pesas, en la persona de un tal Steve Gallardo, que provoca tanto goce como dolor con las brutales arremetidas de aquellos músculos que “de tanto como los hinchaba, llegó un día que hicieron una explosión descomunal. El forense dictaminó un infarto de musculatura”. Terenci Moix, aunque confeso en sus inversiones sexuales, y el mismo víctima de amores desgraciados al respecto, despliega una capacidad única para mostrar la alegría del placer, la diversión a veces desenfrenada y la estética *kitsch* (vulgarmente sublime) que hay en esa subcultura, por lo general recreada literariamente bajo el signo del drama pasional o de la provocación militante.



³ También incluidos en los *Cuentos completos*.

Y para los lectores de Ramona que padezcan, como su servidor, de egiptofilia, les recomiendo con entusiasmo el libro *Terenci del Nilo* (1983), superior a cualquier guía turística, y que el autor barcelonés publicó como resultado del estudio concentrado de bitácoras de periplos de la antigüedad, la lectura de viejas novelas, y más de veinte fervorosos viajes a la tierra de los faraones. Sus cenizas mortales fueron esparcidas en el Nilo. Claro que para hacer todo eso hay que ser un escritor famoso... y rico.